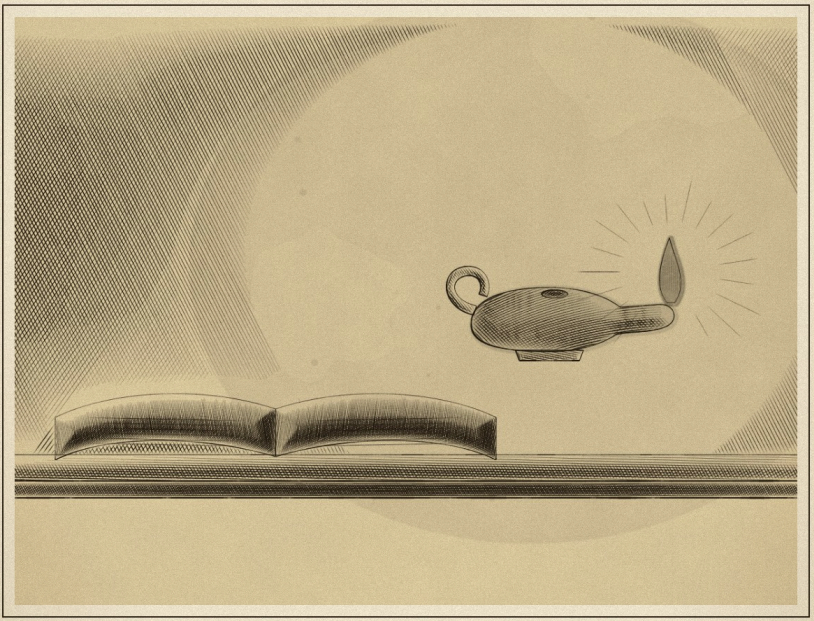
VOCES DE MUJERES

Sor Juana Inés de la Cruz, María Lorenza de los Ríos, Rosalía de Castro y Nieves Xenes



La lámpara encendida

MMXXVI

Voces de mujeres

Sor Juana Inés de la Cruz, María Lorenza de los Ríos,
Rosalía de Castro y Nieves Xenes

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: textos originales: Sor Juana Inés de la Cruz (siglo XVII), María Lorenza de los Ríos (Madrid, Imprenta de Sancha, 1798), Rosalía de Castro (Vigo, 1863) y Nieves Xenes (La Habana, 1915).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías

María Lorenza de los Ríos. Elogio de la Reina nuestra señora

Rosalía de Castro. A mi madre

Nieves Xenes. Poesías

Sor Juana Inés de la Cruz

Poesías

Villancico segundo a San Pedro Apóstol.

Villancicos que se cantaron en la Santa Iglesia Catedral de Méjico, en los Maitines del gloriosísimo Príncipe de la Iglesia, el Señor San Pedro, año de mil seiscientos ochenta y tres, en que se imprimieron.

Tan sin número, de Pedro son las maravillas altas, que aunque todas son sabidas, nunca son todas contadas. Que tuvo Santidad mucha se sabe, pero no cuánta; y saberla y no entenderla, es lo mismo que ignorarla.

Que es Cabeza de la Iglesia, la misma Iglesia lo canta; pero no saben los miembros lo que la Cabeza alcanza. Sabemos que es el Clavero de todo el Divino Alcázar, y como no se ve el Reino, no se sabe lo que manda.

Como hay potestad suprema en sus Llaves soberanas, pueden siempre obedecerla, pero nunca mensurarla. En fin, su graduación tanto de todo discurso pasa, que es el mejor aplaudirla el no saber ponderarla.

Estribillo.

¡Vengan a aplaudir, vengan todas las almas, en virtudes sabidas, las ignoradas, de un tan gran Santo, que la Fe solamente puede alcanzarlo!

Romance.

Debió la Austeridad de acusarle tal vez el metro; y satisface con el poco tiempo que empleaba en escribir a la Señora Virreina las Pascuas.

Daros las Pascuas, Señora, es mi gusto y es mi deuda: el gusto, de parte mía; y la deuda, de la vuestra. Y así, pese a quien pesare, escribo, que es cosa recia, no importando que haya a quien le pese lo que no pesa.

Y bien mirado, Señora, decid, ¿no es impertinencia querer pasar malos días porque yo os dé Noches Buenas? Si yo he de daros las Pascuas, ¿qué viene a importar que sea en verso o en prosa, o con estas palabras o aquéllas?

Y más, cuando en esto corre el discurso tan apriesa, que no se tarda la pluma más que pudiera la lengua. Si es malo, yo no le sé; sé que nací tan poeta, que azotada, como Ovidio, suenan en metro mis quejas.

Pero dejemos aquesto; que yo no sé cuál idea me llevó, insensiblemente, hacia donde no debiera.

Adorado Dueño mío, de mi amor divina Esfera, objeto de mis discursos, suspensión de mis potencias; excelsa, clara María, cuya sin igual belleza sólo deja competirse de vuestro valor, y prendas: tengáis muy felices Pascuas; que aunque es frase vulgar ésta, ¿quién quita que pueda haber vulgaridades discretas?

Soneto.

En que da moral censura a una rosa, y en ella a sus semejantes.

Rosa divina que en gentil cultura eres, con tu fragante sutileza, magisterio purpúreo en la belleza, enseñanza nevada a la hermosura. Amago de la humana arquitectura, ejemplo de la vana gentileza, en cuyo ser unió naturaleza la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida, soberbia, el riesgo de morir desdeñas, y luego desmayada y encogida de tu caduco ser das mustias señas, con que con docta muerte y necia vida, viviendo engañas y muriendo enseñas!

Loa para El divino Narciso.

Escena segunda.

Éntranse bailando; y salen la Religión Cristiana, de Dama Española, y el Celo, de Capitán General, armado; y detrás, Soldados Españoles.

Religión: ¿Cómo, siendo el Celo tú, sufren tus cristianas iras ver que, vanamente ciega, celebre la Idolatría con supersticiosos cultos un Ídolo, en ignominia de la Religión Cristiana?

Celo: Religión: no tan aprisa de mi omisión te querelles, te quejes de mis caricias; pues ya levantado el brazo, ya blandida la cuchilla traigo, para tus venganzas. Tú a ese lado te retira mientras vengo tus agravios.

Salen, bailando el Occidente y América, y Acompañamiento y Música, por otro lado.

Música: ¡Y en pompa festiva, celebrad al gran Dios de las Semillas!

Celo: Pues ya ellos salen, yo llego.

Religión: Yo iré también, que me inclina la piedad a llegar (antes que tu furor los embista) a convidarlos, de paz, a que mi culto reciban.

Celo: Pues lleguemos, que en sus torpes ritos está entretenida.

Música: ¡Y en pompa festiva, celebrad al gran Dios de las Semillas!

Llegan el Celo y la Religión.

Religión: Occidente poderoso, América bella y rica, que vivís tan miserables entre las riquezas mismas: dejad el culto profano a que el Demonio os incita. ¡Abrid los ojos! Seguid la verdadera Doctrina que mi amor os persuade.

Occidente: ¿Qué gentes no conocidas son éstas que miro, ¡Cielos!, que así de mis alegrías quieren impedir el curso?

América: ¿Qué Naciones nunca vistas quieren oponerse al fuero de mi potestad antigua?

Occidente: ¡Oh tú, extranjera Belleza; ¡oh tú, Mujer peregrina! Dime quién eres, que vienes a perturbar mis delicias.

Religión: Soy la Religión Cristiana, que intento que tus Provincias se reduzcan a mi culto.

Primero sueño.

Primero Sueño, que así intituló y compuso la Madre Juana Inés de la Cruz, imitando a Góngora.

El alma, pues, suspensa del exterior gobierno, en que ocupada en material empleo, o bien o mal da el día por gastado, solamente dispensa remota, si del todo separada no, a los de muerte temporal opresos lánguidos miembros, sosegados huesos, los gajes del calor vegetativo, el cuerpo siendo, en sosegada calma, un cadáver con alma, muerto a la vida y a la muerte vivo, de lo segundo dando tardas señas el del reloj humano vital volante que, si no con mano, con arterial concierto, unas pequeñas muestras, pulsando, manifiesta lento de su bien regulado movimiento.

María Lorenza de los Ríos

Elogio de la Reina nuestra señora

¿Serán eternamente los elogios el arrullo del vicio, y el azote de la virtud? ¿La hermosura del cuerpo, la riqueza, la autoridad, y el favor arrancarán alabanzas hasta de las bocas destinadas a publicar aquellas verdades más terribles, que anonadan la altanería del orgullo humano?

Sí, Señor: casi siempre equivaldrá la necesidad de hacer un elogio a la de prostituir el rubor y la verdad; y será muy dichoso el Orador que, en el turno de un elogio periódico, logre que las sinceras aclamaciones del mérito pasen por meras galanterías de la urbanidad.

Pero cuando, en cumplimiento de vuestro encargo, debo elogiar a una Reina, que por su talento posee el corazón de su augusto Esposo, y por sus gracias es el ídolo del pueblo Español, ni la infame nota de aduladora manchará mi reputación, ni necesitaré para salvarla de recurrir al pretexto de la cortesanía.

No será María Luisa de Borbón elogiada dignamente por mi pluma; pero no pronunciará mi lengua palabra que antes no haya sido dictada por mi corazón.

Poco política, y menos cortesana me abstendré de examinar aquellas acciones de la Reina que han podido influir directamente en la suerte de la Europa. Estas acciones, a que concurren siempre el genio, el ánimo, y los grandes intereses, tienen las más veces un mérito equívoco aun para los ojos más penetrantes.

¿Y qué son estas grandes acciones políticas casi siempre precedidas, o seguidas de la inquietud, de la agitación y del trastorno? Acaso ¿será comparable su utilidad con la que resulta de la práctica constante de las virtudes domésticas que afianzan la felicidad individual de los mortales?

Dejemos al orgulloso genio que preconice las ambiciosas empresas del terrible heroísmo; de ese heroísmo que las más veces es grande sobre la infelicidad, y sobre la ruina de nuestros semejantes.

Yo, más modesta, o menos atrevida, volveré mis ojos hacia la bella escena que presenta una esposa tierna, una madre oficiosa, una Reina benéfica, que en el silencio de su retiro promueve el bien y la prosperidad de cuantos la rodean.

¡Con qué placer la vemos destinada al dulce afán de mitigar con su amor y con sus caricias las inquietudes y las aflicciones de su augusto Esposo!

¿Cuál sería la suerte de un Monarca, si en medio de sus graves y terribles vigilias no pudiera depositar sus cuidados en el regazo de un amor complaciente, solícito, y delicado? Podría decirse que solo en el mundo, sería el más infeliz de todos los hombres.

No así Carlos cuarto, que en el desvelado cariño de su Esposa ha encontrado siempre, un descanso en sus penalidades y un estímulo para continuar con nuevo vigor en la ardua empresa de hacer venturosos a sus pueblos.

Jamás vio disminuidas sus satisfacciones, ni agravados sus disgustos por una señal ligera de mal humor en su Esposa; jamás se indispuso su ánimo por riña ni disputa obstinada; y jamás careció por frialdad, o por descuido de aquellos dulces consuelos, con que un amor ingenioso y fino previene los pesares que afligen a el objeto amado.

En vano los terribles disturbios de la Europa, y las sangrientas guerras que la han asolado, llenaron de la más cruel amargura las piadosas entrañas de nuestro Soberano; su augusta Esposa sabía, ahogando sus propios sentimientos, disipar los temores de Carlos, calmar sus sobresaltos, y restituir la serenidad y las risas al corazón agitado del Monarca.

Cortesanos: que rodeáis continuamente a nuestros Príncipes, y estudiáis en sus ánimos, decid, ¿si vuestra incansable vigilancia ha observado cosa que pueda desmentirme?

Sus mismos hijos ¿no publican con el lenguaje de la verdad que la infatigable Madre ha procurado que cada día sean más y más dignos de un Padre que se complace en sus virtudes?

¡Ah! este es el triunfo del amor conyugal, y la prueba más poderosa del alto punto a que llega el de María Luisa. En efecto, cuidar de los hijos, desvivirse por ellos, educarlos para la virtud ¿es otra cosa que desempeñar debidamente las sagradas obligaciones que el amor conyugal inspira?

La naturaleza que recomienda este amor, tan necesario para la felicidad de las familias y para la conservación de la especie humana, y la razón que lo persuade y tienen igual imperio sobre el amor paternal; sobre esta pasión hermosa y abundante en prodigios, que no admiramos porque los vemos perpetuamente, ¿y en quién ha obrado con más poder éste sublime afecto, que acercándose al amor divino parece como la señal característica de la semejanza del hombre con su Criador, en quién ha obrado, y repito, con más poder este afecto casi sobrenatural que en el corazón de María Luisa?

Vedla temblar con la noticia de una leve indisposición en cualquiera de sus hijos; vedla temblar más con la de un exceso, por pequeño que sea, en la parte moral; advertid la igualdad, y el tino con que distribuye entre todos sus cuidados y sus caricias, y notad los

preciosos frutos de su amor ilustrado en la crianza de los augustos niños.

Un verdadero interés en la felicidad de sus hijos, una medida constante en la distribución de los halagos y de las reprensiones, una atención incansable en inculcarles el amor a la virtud, y el horror al vicio, y finalmente un buen ejemplo, han sido los medios que ha preferido la Reina para que sean tales como los quiere la Nación.

A pesar de las graduaciones de la edad, que tanto hacen variar los alcances de la razón, se ve en todos uniformemente el candor, la verdad, y el respeto a los demás hombres, esto es la humanidad.

Se desenvolverán con el tiempo estos principios, y brillarán más o menos, según el talento que a cada uno hubiere tocado, pero siempre arrojarán una luz pura y benéfica.

Así la inmortal María Luisa, al mismo tiempo que hace virtuosos a los que no podrían dejar de serlo sin que la nación padeciese, da una lección muy ejemplar a los que gobiernan.

Formad enhorabuena, les dice con su ejemplo, planes generales de estudios, que a pesar de la multitud de excepciones a que están sujetos por los temperamentos, por las situaciones, por las costumbres, y por otras mil circunstancias, pueden sin embargo producir muy saludables efectos: dictad providencias que, auxiliando estos mismos planes, y aplicándolos en sus ramificaciones a todas las clases del estado, promuevan la ilustración general; pero ante todas cosas amad con igualdad a todos los súbditos, que son los hijos del gobierno, como yo amo a los míos, y renunciando a todas las predilecciones que no tengan por objeto el mérito y la virtud, elevad a los verdaderos sabios.

Ellos serán vuestros agentes para que se difundan la probidad, la aplicación, y el buen gusto; y su misma elevación será como una ban-

dera de la virtud que llame a todos para que la sigan.

Con efecto, las reglas que la prescriben servirán poco para la mayor parte de los hombres, mientras que lejos de conducir a los empleos y a las dignidades, llevan de continuo a la miseria y al abatimiento.

¡María Luisa! ¡María Luisa! ¡cuánta parte has tenido y cuánta gloria en el nombramiento de unos Ministros, a cuya faz se pueden pronunciar verdades, que recibirían con docilidad, si las necesitasen, mas que por ventura nuestra no necesitan!

Tu fino discernimiento, y el deseo de la felicidad de tus pueblos franquean las distancias, y penetran en los retiros para influir en que vengan al gobierno hombres dignos de imitar tu conducta.

¡Con cuánta fuerza les intima la que diariamente observas que traten con dulzura a los que buscan en su afabilidad, y en su paciencia el alivio de sus pesares, la mejora de sus situaciones o la insinuación tal vez de avisos saludables para la prosperidad general!

Que sean como la amable Soberana anima con miradas benignas, con palabras halagüeñas a cuantos, conducidos del amor y del respeto, aprovechan con ansia las ocasiones de verla, y a los que, instigados de la necesidad, libran en su clemencia la suerte propia y la de sus familias: como en sus audiencias se miran confundidas las clases, y distinguida la virtud; y como, en fin, se oculta el desagrado que deben causar las pretensiones exorbitantes, las preguntas impertinentes, las proposiciones ridículas, y otras muchas molestias a que están expuestos los poderosos, porque el afán mismo de agradarlos y de adelantarse en su gracia, hace menos cuerdos a los que la solicitan.

Acostumbrada la Reina a llevar con un ánimo igual las importunidades de los que buscan en su trato la satisfacción propia, no podía

menos de oír con docilidad la voz imperiosa del celo impelido por la necesidad.

El cuadro de las miserias públicas, puesto a su vista por una mano intrépida, hiere su corazón, y resuelve abiertamente el sacrificio de sus mismas comodidades, y lo que es más, el de su genio liberal, cediendo la mitad de su bolsillo secreto y todas las alhajas de que puede desprenderse con decoro para ocurrir a las urgencias de la nación.

Aquel cuadro lastimoso.... ¡ah! ¿me será lícito afligiros en el día solemne de nuestro regocijo? está siempre en la mano y en el corazón de María Luisa. La piadosa Reina mira en él, con los ojos bañados en lágrimas, montes despoblados, campos incultos, talleres desiertos, ciudades yermas, aldeas arruinadas.

Y a poca distancia de estos espectáculos de tristeza y desolación mira otros objetos de dolor y de congoja.

Millares de ancianos exhalando el último aliento a vista de sus hijos, que próximos a seguirlos, maldicen los apreciables dones de la fuerza y del ingenio, que por falta de empleo no les sirven para prolongar la existencia de los que les dieron el ser.

Niños que tendiendo hacia sus madres las inocentes manos demandan en vano un sustento, que las infelices les franquearían a costa de su sangre, si ya exánimes por el hambre no expirasen víctimas de la indigencia, y del dolor.

Grupos de mujeres desfallecidas y de esposos macilentos que apenas las sostienen, para que puedan presentar al hijo moribundo los manantiales agotados de sus maternales pechos.

Ni se sacian de llorar los ojos compasivos de María Luisa con la vista de estas calamidades. Al lado opuesto de este cuadro terrible se

ve la opulencia que sobre almohadas de pluma bebe con placer en copas de oro la sangre, y el sudor de los mejores ciudadanos.

Este contraste atroz hace que corran por sus mejillas, sobre las lágrimas del dolor, las de la indignación y de la rabia. ¡Oh lujo mortífero! exclama en su furor, yo te desarmaré destruyendo tu crédito.

De hoy más no pasarás por el apoyo y la salvaguardia de las dignidades; la virtud las cubrirá con su esplendor, y las hará más respetables que tu falsa pompa, que solo puede deslumbrar los ojos de la corrupción, y de la bajeza.

Esos metales que tanto inquietan la codicia humana, esos metales, origen vergonzoso de los delitos de nuestros padres, y manantial perenne de los nuestros, o desaparecerán de mi palacio, o quedarán reducidos a la cantidad precisa para el uso que debe hacerse de estas riquezas de la naturaleza; y la frugalidad en la mesa, en las ropas; en los muebles, y en todas las otras comodidades de la vida, anunciará a los pueblos mis deseos sinceros de su felicidad.

Sí, gran Reina, tus votos serán escuchados, y quedarán cumplidos tus deseos. ¿Quién será tan insensible o tan depravado que no se rinda a la fuerza de tu poderoso ejemplo? todos le imitarán ansiosos, porque todos deben ceder a la voz de la necesidad y de la virtud.

Y nosotros que por vocación y por instituto nos hemos dedicado a promover el bien general, ¿no nos inflamaremos con tan alto ejemplo, para procurar a toda costa que la educación se mejore, que la industria prospere, y que la agricultura se fomente y extienda?

Este modelo de amor conyugal y paternal, este dechado de beneficencia nos muestra el rumbo que ha de seguir nuestro celo patriótico; y el heroico desprendimiento con que ha puesto el sello mi heroína a sus excelsas virtudes nos señala la víctima que hemos de sacrificar.

¡Puedan ver nuestros ojos el día afortunado de tan suspirada reforma! ¡Pueda la providencia prolongar entre mil felicidades los años de nuestra augusta Soberana para que se logre el complemento de nuestros deseos!

Rosalía de Castro

A mi madre

¡Cuán tristes pasan los días!... ¡cuán breves... cuán largos son!... Cómo van unos despacio, y otros con paso veloz... Mas siempre cual vaga sombra atropellándose en pos, ninguno de cuantos fueron, un débil rastro dejó.

¡Cuán negras las nubes pasan, cuán turbio se ha vuelto el sol! ¡Era un tiempo tan hermoso!... Mas ese tiempo pasó. Hoy, como pálida luna ni da vida ni calor, ni presta aliento a las flores, ni alegría al corazón.

¡Cuán triste se ha vuelto el mundo! ¡Ah!, por do quiera que voy sólo amarguras contemplo, que infunden negro pavor, sólo llantos y gemidos que no encuentran compasión... ¡Qué triste se ha vuelto el mundo! ¡Qué triste le encuentro yo!...

¡Ay, qué profunda tristeza! ¡Ay, qué terrible dolor! ¡Tendida en la negra caja sin movimiento y sin voz, pálida como la cera que sus restos alumbró, yo he visto a la pobrecita madre de mi corazón!

Ya desde entonces no tuve quien me prestase calor, que el fuego que ella encendía aterido se apagó. Ya no tuve desde entonces una cariñosa voz que me dijese: ¡hija mía, yo soy la que te parió!

¡Ay, qué profunda tristeza! ¡Ay, qué terrible dolor!... ¡Ella ha muerto y yo estoy viva! ¡Ella ha muerto y vivo yo! Mas, ¡ay!, pájaro sin nido, poco lo alumbrará el sol, ¡y era el pecho de mi madre nido de mi corazón!

¡Ay!, cuando los hijos mueren, rosas tempranas de abril, de la madre el tierno llanto vela su eterno dormir.

Ni van solos a la tumba, ¡ay!, que el eterno sufrir de la madre, sigue al hijo a las regiones sin fin.

Mas cuando muere una madre, único amor que hay aquí; ¡ay!, cuando una madre muere, debiera un hijo morir.

Yo tuve una dulce madre, concediéramela el cielo, más tierna que la ternura, más ángel que mi ángel bueno.

En su regazo amoroso, soñaba... ¡sueño quimérico! dejar esta ingrata vida al blando son de sus rezos.

Mas la dulce madre mía, sintió el corazón enfermo, que de ternura y dolores, ¡ay!, derritióse en su pecho.

Pronto las tristes campanas dieron al viento sus ecos; murióse la madre mía; sentí rasgarse mi seno.

La virgen de las Mercedes, estaba junto a mi lecho... Tengo otra madre en lo alto... ¡por eso yo no me he muerto!

Ya pasó la estación de los calores, y lleno el rostro de áspera fiereza, sobre los restos de las mustias flores, asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento tiende sus alas de color sombrío, cual en torno de un casto pensamiento sus alas tiende un pensamiento impío.

Y gime el bosque y el torrente brama, y la hoja seca, en lodo convertida, dale llorosa al céfiro a quien ama la postrera, doliente despedida.

Errantes, fugitivas, misteriosas, tienden las nubes presuroso el vuelo, no como un tiempo cándidas y hermosas, sí llenas de amargura y desconsuelo.

Más allá... más allá... siempre adelante prosiguen sin descanso su carrera; bañado en llanto el pálido semblante, con que riegan el bos-

que y la pradera.

Que enojada la mar donde se miran y oscurecido el sol que las amó, sólo saben decir cuando suspiran: Todo para nosotras acabó.

Suelto el ropaje y la melena al viento, cual se agrupan en torno de la luna... locas en incesante movimiento, remedan el vaivén de la fortuna.

Pasan, vuelven y corren desatadas, hijas del aire en forma caprichosa, al viento de la noche abandonadas en la profunda oscuridad medrosa.

Tal en mi triste corazón inquietas, mis locas esperanzas se agitaron, y a un débil hilo de placer sujetas, locas... locas también se quebrantaron.

Ya toda luz se oscureció en el cielo, cubriéronse de luto las estrellas, y de luto también se cubrió el suelo, entre risas, gemidos y querellas.

Todo en profunda noche adormecido, sólo el rumor del huracán se siente y se parece su áspero silbido al silbido feroz de una serpiente.

¡Cuán tenebrosa noche se prepara!... Mas al abrigo de amoroso techo, grato es pensar que la hórrida tormenta no ha de agitar la colcha de mi lecho.

Mas... ¿qué estridente y mágico alarido la ronca voz de la tormenta trae? Triste... vago... constante y dolorido, cual fuego ardiente, en mis entrañas cae.

Cae, y ahuyenta de mi lecho el sueño... ¡Ah! ¿Cómo he de dormir...? locura fuera, fuera locura y temerario empeño que con gemidos tales me durmiera.

¡Ah! ¿Cómo he de dormir? ese lamento, ese grito de angustia que percibo, esa expresión de amargo sufrimiento no pertenece al mundo en que yo vivo.

Donde el ciprés erguido se levanta, allá en lejana habitación sombría, que al más osado de la tierra espanta, sola duerme la dulce madre mía.

Más helado es su lecho que la nieve, más negro y hondo que caverna oscura, y el euro altivo que sus antros mueve, sacia su furia en él, con saña dura.

¡Ah!, de dolientes sauces rodeada, de húmeda yerba y ásperas ortigas; ¡cuál serás, madre, en tu dormir turbada, por vagarosas sombras enemigas!

¿Y yo tranquila, he de gozar en tanto de blando sueño y lecho cariñoso, mientras herida de mortal espanto moras en el profundo tenebroso?

¿Llegará a tanto el insensible olvido?... ¿La ingratitud del hombre a tanto alcanza, que entre uno y otro lazo desunido ceda siempre al vaivén de la mudanza?

¡Odioso y torpe proceder de un hijo, a quien la dulce madre en su agonía, con besos y caricias le bendijo olvidando el dolor por que moría!

Nunca permita Dios que yo te olvide, mi santa, mi amorosa compañera: ¡Nunca permita Dios que yo te olvide aunque por tanto recordarte muera!

Venga hacia mí tu imagen tan amada y hábleme al alma en su lenguaje mudo ya en la serena noche y reposada, ya en la que es parto del invierno crudo.

Y que en tu aislado apartamiento fiero, tan ajeno del hombre y su locura, velen, mi llanto y mi dolor primero, al lado de tu humilde sepultura.

De gemidos quejumbrosos, de suspiros lastimeros, vago suena en el espacio melancólico concierto... Son las campanas que tocan... ¡Tocan por los que murieron! Plañidero el metal vibra, las regiones recorriendo de los valles solitarios, de los tristes cementerios, y también allá en la hondura de las almas sin consuelo.

¡Vasto páramo es la mía, como abrasado desierto, como mar que no se acaba, y en ella un sepulcro tengo más profundo que un abismo, más ancho que el firmamento, y al eco de las campanas que en él se va repitiendo, los esqueletos se rompen, de mis pálidos recuerdos!

¿Será cierto que pasaron, y para siempre murieron? ¿Es verdad que cuanto toco, cuanto miro y cuanto quiero todo ilusión me parece, todo me parece un cuento?... Y que tuve un tiempo madre y que ora ya no la tengo... También un sueño parece, ¡pero qué terrible sueño!

Ayer en sueños te vi... Qué triste cosa es soñar, y qué triste es despertar de un triste sueño... ¡ay de mí!

Te vi... la triste mirada, lánguida hacia mí volvías, bañada en lágrimas frías, hijas de la tumba helada.

Y parece que al mirarme, con tu mirada serena, todo el raudal de mi pena se alzaba para matarme.

Y también me parecía que tu acento desolado, llegando hasta mí pausado: «¡Ya estoy muerta!», repetía.

Y al repetirlo, gimiendo el eco en el hondo abismo de mi pecho, iba así mismo «¡ya estoy muerta!», repitiendo.

Y qué terror... qué quebranto aquel eco me causaba... Llegué a pensar que me hallaba, en la región del espanto.

Y aunque era mi madre aquélla, que en sueños a ver tornaba, ni yo amante la buscaba, ni me acariciaba ella.

Allí estaba sola y triste, con su enlutado vestido, diciendo con manso ruido: «Te he perdido y me perdiste»

Y llorábamos... ¡qué horror! Llorábamos de tal suerte; ella lágrimas de muerte, yo lágrimas de dolor.

Todo en hosco apartamiento, como si una extraña fuera, o cual si herirme pudiera, con el soplo de su aliento.

Y es que el sepulcro insondable, con sus vapores infectos, mediaba entre ambos afectos, de un origen entrañable.

Aun en sueños, tan sombría, la contemplé en su ternura, que el alma con saña dura, la amaba y la repelía.

¡A la dulce, a la sin par madre que me llevó el cielo! ¡Ah! ¡Qué amargo desconsuelo debe su tumba llenar!

¡Aquélla a quien dio la vida, tener miedo de su sombra! ¡Es ingratitud que asombra, la que en el hombre se anida!

Mas tú que tanto has amado, tú que tanto has padecido, tú que nunca has ofendido, y que siempre has perdonado,

a la que nació en tu seno sé que no guardas rencores; tú toda mieles y amores, aun de la tumba en el cieno.

Ruega, ruega a Dios por mí, desde tu lecho de espinas, por donde al cielo caminas al alejarte de aquí.

Y cuando al Dios de ternura, llegues de gracia cubierta, dile no cierre su puerta a esta humilde criatura,

porque en santa paz unidas, donde no hay penas ni olvido, gocemos en blando nido, las glorias desconocidas.

Como en un tiempo dichoso fui al campo por la mañana, que estaba hermosa y risueña, que fresca y galana estaba; fuime al romper de la aurora, cuando tocaban al alba, cuando aún los hombres dormían y los jilgueros cantaban, saltando de rosa en rosa, volando de rama en rama.

Con su murmurio apacible, solita la fuente estaba, bajo el castaño frondoso que tiernamente la guarda. Y estaba la verde yerba toda cubierta de escarcha. Las tenues lejanas nieblas, cual vaporosos fantasmas, vagaban tristes y errantes sobre las altas montañas.

El lejano campanario sobre las nieblas se alzaba, con sus graciosos festones, con su armoniosa campana. Y en torno al humilde templo, bajo su sombra guardadas, veíanse humildes chozas, aun más que la nieve blancas.

¡Cuánta pureza en la atmósfera! ¡Cuánta dulcísima calma, del cielo azul descendiendo, en torno se respiraba! Mas yo vestida de luto y aun más enlutada el alma, bajo las ramas del bosque bajo las ramas paseaba, soñando en sueños de muerte que nos rasgan las entrañas.

Paseaba yo silenciosa, paseaba yo solitaria, mientras las aguas del río camino del mar rodaban. En vano, en vano buscando al ángel de mi esperanza que con sus alas ligeras, hacia los cielos tornara. ¡Pobre ángel! pobre ángel mío... ¡Cuánto en la tierra te amaba!

¡Mas cómo no amarte cuando tus alas me cobijaban, si fueron ellas mi cuna, la cuna en que me arrullabas. Si fueron mi dulce aliento y el paño, ay, Dios, de mis lágrimas! Hora corren hilo a hilo.

Hora mis mejillas bañan, bañan la tierra que piso y en su amargura me empapan, mas nadie viene, ángel mío, ¡ay!, nadie viene a

enjugarlas.

Ya el sol bañaba las cumbres de las risueñas montañas, ya disiparan las nieblas, las brisas de la mañana; ya despertaran los hombres, ya no tocaban al alba, cuando torné de los campos, paso tras paso a mi casa.

Dejárala silenciosa cuando salí a la mañana, y silenciosa a mi vuelta, más que las tumbas estaba. En la solitaria puerta no hay nadie... ¡nadie me aguarda! ni el menor paso se siente en las desiertas estancias.

Mas hay un lugar vacío tras la cerrada ventana, y un enlutado vestido que cual desgajada rama pende en la muda pared cubierto de blancas gasas. No está mi casa desierta, no está desierta mi estancia...

Madre mía... madre mía, ¡ay!, la que yo tanto amaba, que aunque no estás a mi lado y aunque tu voz no me llama, tu sombra sí, sí... tu sombra, ¡tu sombra siempre me aguarda!

Muchos lloran y lloran y se quejan, y entre quejas y llantos y suspiros, que hijos son del dolor, la ruda fuerza del dolor mitigan, cantando al son de lira cariñosa con plañidera voz.

Yo ni lloro, ni canto, ni me quejo, mas en mi seno recogida guardo la hiel del corazón; y por eso, vivir, vivo muriendo, que sentir nadie sin morir pudiera, ¡ay, lo que siento yo!

Nieves Xenes

Poesías

Una confesión.

¡Padre, no puedo más! mi amor refreno, pero en la horrible lucha estoy vencida; esta pasión se extinguirá en mi seno con el último aliento de mi vida.

Cuando él no está a mi lado, desolada, maldiciendo mi mísera existencia, siento sobre mi frente fatigada el peso abrumador de la conciencia.

Pero al verlo, olvidando mis enojos, en vano a la razón ansiosa llamo, y aunque callan mis labios, con los ojos no ceso de decirle ¡yo te amo!

Vos me habláis de la gloria y del martirio, del enojo del cielo que provoco, ¿pero no comprendéis que es un delirio hablar de todo eso al que está loco?

¡Su amor! ése es el cielo que yo ansío de mi pasión en el afán eterno, y encuentro más terrible su desvío que todos los tormentos del infierno!

¡Mis ansias ahogaré desesperadas, pero él verá en mis ojos sus ardores, porque siempre al mirarlo, mis miradas serán besos de amor abrasadores!

¡En vano espero sin cesar rezando encontrar en la fe consuelo y calma, y en vano mis entrañas desgarrando quiero arrancar su imagen de mi alma!

¡Mi amor es el incendio desatado cuya llama voraz nada sofoca! El torrente que rueda desbordado arrastrando a su paso cuanto toca!

Decís que iré a la gloria si mi anhelo logro vencer y de su lado huyo, ¿pero habrá alguna dicha allá en el cielo comparable siquiera a un beso suyo?

Oyendo del deber la voz airada, fuerzas a Dios para luchar le pido, y al verlo, de pasión enajenada, deber y religión, ¡todo lo olvido!

Vos, juzgando el amor a vuestro modo, decís que no es un mal desesperado, decís que con la fe se alcanza todo, ¡no sabéis qué es estar enamorado!

Os digo que prefiero, delirante de mi loca pasión en los anhelos, la dicha de mirarle un solo instante a la eterna ventura de los cielos!

¡Ay, padre!, en vuestra santa y dulce calma rogad a Dios que evite mi caída, porque este amor se extinguirá en mi alma con el último aliento de mi vida!

Retrato.

Esculturales líneas dibujaban su varonil y espléndida cabeza, y unida en su cuerpo se mostraban la fuerza, la arrogancia y la belleza.

Suave como la seda y reluciente la cabellera negra y ondulada, brillaba en torno de su hermosa frente para ceñir laureles modelada.

Sus grandes ojos negros que vertían destellos que su rostro iluminaban, airados, a los hombres imponían; tiernos, a las mujeres fascinaban.

Bajo el bigote de ébano luciente su boca, como flor en la mañana, mostraba al entreabrirse sonriente húmedas perlas entre fresca grana.

La barba, que la enérgica hermosura de su cabeza artística acentuaba, sobre su tez de pálida blancura como un jirón de noche

resaltaba.

Cuando su voz al pueblo conmovía en la tribuna hermoso y arrogante, de la elocuencia el genio parecía ante la turba muda y palpitante.

Y su genial palabra subyugaba y era viril, ardiente y luminosa; si el amor a la patria la inspiraba, fuerte ariete o palanca poderosa.

Soberbio a veces de entusiasmo, erguía la magnífica y pálida cabeza y la negra melena sacudía del león con la ingénita fiereza.

Nunca sintió del desaliento el frío y al combatir de la injusticia el yerro ningún temor aminoró su brío, ni doblegó su voluntad de hierro.

Por sublime ideal enardecido, eran su culto el bien y la belleza, y llevaba en alma de elegido de los héroes la insólita grandeza.

¡Me lo dijeron; y por un instante apagose la luz de mi razón, heló-seme la sangre, y su latido detuvo el corazón!

¡Después, ruda, violenta, arrolladora, destrozando mi alma, sin piedad, se desató de mi dolor inmenso la horrible tempestad!

¡Y exhalé extraños gritos de agonía, y con terrible angustia sollocé, y de rodillas con las manos juntas, la muerte demandé!

¡Y me reí, convulsa y palpitante, con la risa estridente del dolor, y lancé en pavoroso desvarío rugidos de furor!

¡Y con la voz de lágrimas henchida, al cielo mis plegarias elevé, y con acento amenazante y ronco, maldije y blasfemé!...

El cáliz del dolor, gota por gota, mi labio hasta las heces apuró, y el raudal abundoso de mi llanto al cabo se agotó!

¡Y entonces, de mi espíritu rendido trocáronse el tormento y la inquietud, en calma semejante a la que envuelve al muerto en su ataúd!

¡Y proseguí el camino de la vida por la suerte dejándome arrastrar, cual náufrago infeliz que se abandona a las olas del mar!

Nocturno.

La luna alumbra, aroma la floresta, acaricia el terral, canta la ola, alegran la ciudad ruidos de fiesta, y yo estoy como siempre: triste y sola.

De apasionado anhelo palpitantes, evocando un recuerdo muy lejano, llegan a mí, distintas y vibrantes, las notas melancólicas de un piano.

Vienen, turbando mi impasible calma, a hablarme de delirios y ternezas, y a su acento en el fondo de mi alma despiertan sollozando mis tristezas.

Cuando, en distante y venturoso día, oí por vez primera esa romanza, un porvenir de gloria y de alegría me mostraba risueña la esperanza.

Y del amor en el delirio ardiente, del destino olvidando los agravios, irradiaban los sueños en mi mente, palpitaban los besos en mis labios...

Chispa de luz divina que un instante, abrasadora en mi cerebro ardiste con destello fugaz y deslumbrante, ¡en qué abismo de sombras te extinguiste!

Ternura que en mi pecho generoso como una llama inmensa, derramaste calor vivificante y amoroso, ¡en qué abismo de hielo te apagaste!...

Cuando, a veces, con íntimo quebranto, de mi marasmo estúpido despierto, me comprimo las sienes con espanto porque siento el mareo del desierto...

Inerte la fogosa fantasía que ya su vuelo a remontar no alcanza, agotada del alma la energía, sin ideal, sin fe, sin esperanza,

mi quietud a la muerte se parece; que la vida es el ansia abrasadora, la sensación intensa que estremece, y el pensamiento ardiente que devora.

Día de primavera.

De la arboleda hojosa en la espesura, blando suspira el viento entre el ramaje, y los pájaros lucen su plumaje cantando sus endechas de ternura.

Su monólogo eterno el mar murmura balanceándose en lánguido oleaje, y tiende de su espuma el blanco encaje de sus orillas en la roca oscura.

Las flores se abren frescas y rientes derramando su esencia embriagadora, la nube, de matices relucientes en el azul del cielo se colora; y magnífico el sol lanza a torrentes los rayos de su luz deslumbradora.